

# Una breve introducción

Alfonso Pérez Romo<sup>1</sup>  
(Q.E.P.D.)

**N**uestra Benemérita Universidad Autónoma ostenta hoy su lozanía, limpieza, orden interno, orgullo institucional y óptimos niveles académicos, gracias al trabajo y a la entrega de quienes la han dirigido en las diversas circunstancias y ante los retos que han tenido que enfrentar durante su corta vida.

Sin embargo, el periodo de seis años comprendidos entre 2017 y 2022, que se comenta en este libro, adquiere una importancia especial por la complejidad y las enormes dificultades que se tuvieron que enfrentar y resolver; me refiero a dos ominosos sucesos con los que no se contaba y cuyo impacto –uno biológico y el otro político, pero ambos de dimensiones globales– le plantearon retos que supo resolver sin que la vida académica normal y sus altos indicadores se resintieran. Por un lado, la terrible pandemia del Coronavirus que cimbró a todo el mundo y, por otro, el advenimiento de una nueva clase política autoritaria enemiga de la libertad de expresión y la libertad de enseñanza, de las instituciones autónomas y reguladoras del gobierno y opresora por la vía de los aportes presupuestales.

Vale la pena comentar brevemente cómo, a pesar de navegar toda la segunda mitad de su rectorado en estas circunstancias, el doctor Francisco Javier Avelar supo no solo adaptarse a

---

<sup>1</sup> Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua. Exrector y catedrático emérito de la UAA. Cofundador del Centro de las Artes y la Cultura y de la Carrera de Medicina de esta universidad, así como del Instituto Cultural de Aguascalientes.

las nuevos retos económicos, administrativos y académicos de la universidad y poder mantener los niveles logrados hasta entonces, sino convertir a nuestra institución en el baluarte más importante de la sociedad para combatir la pandemia.

Por ejemplo, en el contexto de la crisis sanitaria, la adquisición oportuna del equipo de ultracongelación que permitió mantener en condiciones de uso permanente 400 mil dosis de vacunas contra la Covid-19, así como la participación de más de mil brigadistas universitarios para atender a los miles de ciudadanos que han estado acudiendo a recibir vacunación y pruebas diagnósticas, son prenda de orgullo para nuestra casa de estudios.

La persistencia de la pandemia le ha impuesto a la universidad una serie de ajustes y limitaciones que ha sabido manejar de la mejor manera posible: había que observar los más rigurosos protocolos de salud, renunciar a la presencialidad en la enseñanza y hacer uso de los nuevos medios electrónicos de comunicación para continuar con las tareas educacionales. Todo esto se dice fácil, pero es infinitamente complicado y requiere un delicado manejo administrativo y técnico; una capacitación, a un tiempo eficaz y perentorio, y una puesta al día de instrumentos tecnológicos que apenas estaban siendo integrados al quehacer general y ahora se necesitaba de ellos con urgencia.

La manera como fue enfrentada la pandemia nos ha dejado enseñanzas y experiencias que debemos valorar positivamente. En primer lugar, nos ha mostrado que la comunicación del conocimiento por vía internet tiene, por un lado, infinitas posibilidades de precisión e inmediatez que la vuelve un instrumento invaluable para científicos e investigadores; pero nos ha enseñado también que el estudiante es un sujeto en proceso de formación que no solo necesita conocimientos, sino también adquirir habilidades, hábitos, destrezas básicas y razones fundamentales para entender el por qué y, sobre todo, el para qué de lo que está aprendiendo; y estas cosas solo se logran con la presencialidad escolar –sobre todo la universitaria– que lo enfrenta con otras visiones, otras necesidades, otras ideas, otras costumbres y otras utopías, y lo asoman a la realidad de la vida social apoyado en el ejemplo y la sabiduría de los maestros.

El balance de la confrontación de esta realidad indiscutible, con los resultados obtenidos en relación con los objetivos académicos y presupuestales, es altamente satisfactorio y nos muestra cómo –ante las circunstancias más adversas y los obstáculos más amenazantes– un liderazgo fuerte que enfrenta las adversidades apoyado en los pilares administrativos y filosóficos que le dan sustento a nuestra institución, puede vencerlo todo.

Pasado el clímax pandémico, nuestra universidad habrá de abrir sus puertas nuevamente como si no hubiera pasado nada.

La otra sombra que se cierne sobre la vida de la educación en general y en particular sobre la universitaria, no es otra cosa que la amenaza a la autonomía universitaria, no solo reiterada en el discurso político, sino convertida ya en claras acciones que están tratando de transformar o destruir la razón de ser y la forma institucional, de lo que ha sido construido por el progreso de la ciencia y la libertad de enseñanza.

Durante el periodo que comentamos, se tuvieron que enfrentar los primeros impactos de esta nueva política que trajo consigo ajustes presupuestales y administrativos, heraldos de futuros actos directa o veladamente anunciados, que impusieron a la dirección de la universidad la implementación de estrategias para poder continuar entregando a la sociedad los resultados que la han distinguido hasta hoy.

Por si fuera poco, también recibió el ataque directo que pretendió acabar con su autonomía, cuando un pequeño grupo de oportunistas –con el apoyo de ciertos miembros del Congreso de los diputados y el disimulo del sistema– pretendieron consumir el golpe. La respuesta unánime de todos los universitarios y la resolución de la rectoría de defender nuestra autonomía hasta las últimas consecuencias levantó a los ojos del mundo político y social la inminencia de un conflicto de dimensiones y consecuencias imprevistas, que obligó a los legisladores a retirar la iniciativa.

La celebración jubilosa de los universitarios no fue una manifestación triunfalista desenfrenada, sino la reflexión profunda sobre la responsabilidad que tenemos de salvaguardar este derecho constitucional, no como un salvoconducto para medrar al margen de las leyes que rigen a nuestro país, sino simplemente como el derecho de disfrutar de las garantías que hacen falta para mantener y cultivar la libertad de pensamiento y de expresión, y también la libertad de organizar la vida académica de acuerdo con esos ideales.

Los ataques a la autonomía universitaria no son cosa nueva ni exclusiva de la entidad: las universidades públicas en todas partes han sufrido y seguirán sufriendo esta amenaza; porque tanto los gobiernos –que las miran como una crítica con influencia definitiva en la opinión pública– como los partidos políticos –que desearían siempre convertirlas en fuerzas electorales y reductos ideológicos y, por supuesto, las ambiciones ilegítimas de poder que enferman a las propias instituciones– son capaces a veces de conculcar esta autonomía desde dentro.

Nuestro breve historial ha dado ya cuenta, en varias ocasiones, de ataques a nuestra autonomía universitaria que ilustran claramente la intención de los diversos sectores antes citados.

En efecto, durante el segundo periodo rectoral que me tocó encabezar, padecimos los intentos de cooptación de las dirigencias estudiantiles por los distintos grupos políticos, el intento de algún candidato que exigía celebrar dentro la universidad un mitin electoral, con el pretexto de que nuestra casa de estudios estaba situada en su distrito y, por último, la trama de un grupo de maestros infiltrados, que habían organizado en la clandestinidad un proceso de transformación para convertirla en instrumento de oposición violenta y excluyente. Tuve la posibilidad de desbaratar este intento que se hallaba ya en manos de un Juzgado de Distrito para su aprobación, lo que hubiera cambiado el rumbo y la suerte de nuestra institución para siempre.

Tampoco olvidamos el ataque que sufrió nuestra casa durante el rectorado del licenciado Felipe Martínez Rizo, cuando las ambiciones personales y de grupo de algunos académicos, apoyados por dirigentes magisteriales y por ciertas fuerzas gubernamentales, destruyeron el proyecto que proponía el rector al Congreso del Estado e impulsieron reformas a la Ley Orgánica según sus intereses.

Recordemos además que esta universidad no nació de ningún acto expreso de los gobiernos estatales o federales: se gestó en un acto puro de autonomía –como sucedió también con la primera universidad, la de Bolonia– el 19 de junio de 1973, cuando un grupo de maestros, estudiantes y trabajadores del viejo Instituto de Ciencias, decidieron convertirlo en universidad, en ejercicio de la legalidad interna estatutaria y la voluntad libre que nos daba el justo ejercicio de la libertad de enseñanza, de pensamiento y de expresión. Su reconocimiento oficial (de buen o mal grado) no fue otra cosa más que la legitimización de un hecho consumado.

Nacimos gracias a la autonomía correctamente ejercida y seguimos viviendo con la responsabilidad de hacerla respetar y de vivirla con autenticidad y la convicción de que es la única opción que garantiza la formación integral y libre de las conciencias juveniles.

En este libro se desglosa ampliamente la voluntad rectoral que ha estado llena de instancias y reiteraciones que en diversas circunstancias dieron lugar a la defensa, directa a veces y a la reflexión profunda en otras, para mantener dentro de la conciencia universitaria el supremo don de la libertad de formar y de decidir el sentido y la razón de nuestra propia formación y nuestro futuro.

Entre las más importantes obras materiales del periodo 2017-2022, se encuentra la erección del edificio de la Infoteca: expresión perfecta de la comprensión de las necesidades esenciales de la educación. Este espacio, que ha sido recibido por la comunidad universitaria con el más tumultuoso entusiasmo ocupacional, se ostenta, hacia el exterior, con la nueva

estructura monumental de ingreso; y por el interior, con la bella Plaza de la Autonomía, nada menos que en honor de dicho derecho.

Otro aspecto valioso del rectorado que comentamos consistió en la afortunada reinterpretación del sentido de otorgar el *Doctorado Honoris Causa*, ahora no precisamente al mérito académico e intelectual bien reconocido y acreditado, sino a un gesto de verdadera humanidad, llevado a cabo por un grupo de mujeres campesinas que, en medio de esta confusión moral y olvido de los valores más caros de la convivencia social, nos han recordado el valor de la solidaridad humana y el sentido profundo que alimentan la justicia y la paz entre los seres humanos: nos referimos al grupo de Las Patronas, que llevan décadas brindando alimentos y ayuda a los migrantes centro y sudamericanos que transitan por nuestro país, en su búsqueda por atravesar nuestra frontera con Estados Unidos. Por supuesto que este gesto ejemplar de nuestra universidad, que ha tenido resonancias nacionales e internacionales, no nos exenta de pensar que todavía debemos este reconocimiento a personajes que han contribuido a nivel de excelencia, como nuestro paisano don Aurelio de los Reyes, con sus labores de investigación y producción literaria, al desarrollo y la difusión de nuestra historia y nuestra cultura general.

La sustentación de un protocolo para actuar en caso de acoso o violencia dentro de la institución, la evidente expansión de nuestras instalaciones y laboratorios, el embellecimiento sin precedentes de nuestras vialidades, plazas y jardines, las nuevas instalaciones para lograr la autosuficiencia energética y, sobre todo, el fortalecimiento de nuestra estructura financiera, el aumento de los fondos de pensión, de seguridad y de becas locales e internacionales para estudiantes, son otros y muy importantes hechos para reconocer la fecunda y responsable tarea que se ha llevado a cabo entre los años 2017 y 2022. En mayor o menor medida, de todo ello se habla en este libro, que celebro como un documento importante para llevar un registro histórico del desarrollo de nuestra máxima casa de estudios, así como de las complejas circunstancias históricas que durante estos años nos tocó vivir como universidad.

